Los crímenes *inocentes* de Miguel Delibes

Ada Aragona

Al evocar el lema rousseauniano, según el cual el hombre, por naturaleza, nace bueno y es después la sociedad que le trastorna, Miguel Delibes, con mucho acierto, ha construido dos historias, al borde de lo paradójico, en que demuestra hasta dónde puede llegar el estado de ánimo humano, si está estrictamente rodeado por elementos negativos.

Me refiero a las dos novelas *Las guerras de nuestros antepasados* y *Los santos inocentes* [1], cuyo tema central común se descubre entre las múltiples y diferentes anécdotas relatadas en ellas. Dos ejemplos de crimen al que llegan dos sujetos; uno, el de la primera novela, en plenas facultades mentales, y otro, de la segunda, medio anormal.

El crimen de la primera novela es un crimen absurdo, sin sentido, sin provocación, casi un juego de niños, que ni el lector llega a sospechar antes de que suceda. El crimen de la segunda novela llega, en cambio, empujado por un sentido de venganza desesperada, como de liberación de un yugo ancestral.

Sin embargo, y a pesar de las enormes diferencias, a los dos crímenes se llega igualmente por una cantidad de factores externos y ajenos a los dos personajes, que los envuelven en una red sin salida, a su pesar, que destruye la voluntad misma de ellos, en un principio sana y sin indicios de criminalidad.

El protagonista de *Las guerras de nuestros antepasados*, Pacífico Pérez, es un ejemplo extremo de cómo puede desarrollarse una personalidad joven bajo la influencia de la familia y del ambiente que le rodea. En este caso, la influencia es claramente y del todo negativa.

Como su nombre nos indica, la personalidad pacífica y tranquila del protagonista, de naturaleza hipersensible, se transforma, durante su adolescencia, en «algo» amorfo, sin voluntad propia, casi un muñeco, movido por los sucesos que le ocurren para llegar a ser un hombre sin voluntad de vivir, que niega todo tipo de participación vital. El mismo Delibes nos aclara la personalidad de su personaje: «Es un hombre reducido a un estado de indolencia total. Pacífico lo que está es desajustado, desencajado en un mundo violento. Responde de una manera refleja, de una manera automática, no mata porque sea violento, sino porque cree que es lo que ha de hacer en ese momento, pues, darle con la navaja en donde está viendo los puñales. Es una violencia refleja de la violencia que hay alrededor. Le han matado a este hombre el deseo de convivencia, paz y amistad; le ha matado un entorno que es violento (...). Es una víctima del entorno» [2].

El ejemplo negativo que mayormente afecta a Pacífico desde su niñez, diaria-

---

[1] Ediciones consultadas: MIGUEL DELIBES: *Las guerras de nuestros antepasados*, Ed. Destino, Barcelona, enero de 1975, segunda edición; *Los santos inocentes*, Ed. Planeta, Barcelona, octubre de 1981, segunda edición.

[2] NORMA STURNIOLO: «Miguel Delibes y la función de la Literatura», en *Nueva Estafeta*, n.º 48-49, nov.-dic. de 1982, pág. 63.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Ada ARAGONA. Los crímenes «inocentes» de Miguel Delibes

Centro Virtual Cervantes

mente, se halla en su mismo ambiente familiar, en el que se exalta la guerra en el sentido extremo de la violencia por la violencia; no hay en esas historias de guerra que le cuentan el Bisa, el Abue y Padre algún sentimiento de patriotismo que pueda, en cierto sentido, darles un matiz de justa causa, algo así como de justificación a ese afán guerrero. Pacífico, mientras recuerda, lo afirma claramente: «Lo cierto es que en casa, empezando por el Bisa y terminando por Padre, todos tenían su guerra, una guerra de qué hablar» (pág. 20); y más adelante: «En realidad, doctor, tanto el Bisa, como el Abue y el Padre lo que querían era que yo fuese un buen soldado, así que llegara mi guerra» (pág. 27); y más aún: «El Bisa, el Abue y Padre esperaban mi guerra, o sea, tenían puesta su ilusión en eso» (pág. 57). Pacífico se acuerda, incluso, de que el Bisa y el Abue jugaban a los soldados cerca de su cuna. Así que toda una educación dirigida en un solo sentido de beligerancia, en la espera de que llegue la guerra de Pacífico y pueda lucirse, pero sin considerar con qué arma lo hará, puesto que el Bisa lo hizo con la bayoneta, el Abue con la ametralladora y Padre con las bombas de mano. Su limitada perspectiva no les deja ni imaginar que la venidera guerra de Pacífico pueda manifestarse sin protagonistas humanos, ni medallas, ni, aún menos, con la posibilidad de que alguien pueda contarla después.

En esta atmósfera de exaltación de la violencia no faltan los ejemplos prácticos, como la matanza del perro de la casa, culpable de comerse los huevos, sentenciado a regular fusilamiento. En esta circunstancia Pacífico debe aguantar un papel importante: primero, por tener que dar la orden del fusilamiento, así como le obligan sus familiares soldados, que prefieren tener el gusto de disparar al perro (incluso van vestidos «con las ropas de cuando sus guerras, con medallas y todo» (pág. 109); y después, por tener que darle al perro el «tiro de gracia», que ejecuta con una fuerte impresión de repulsión moral y física, mientras tanto sus familiares le gritan con satisfacción: «¡Bien, Pacífico! ¡Ya eres un hombre!» (pág. 111).

El ambiente familiar llega a su punto culminante después de la muerte de las dos débiles figuras femeninas, la abuela y la madre, pues la casa se convierte en un verdadero cuartel, incluso con instrucciones diarias al toque de corneta.

Tampoco en el pueblo se vive una vida tranquila y pacífica; constituido por dos grupos de casas, con dos nombres distintos, Otero — Humán, está en perenne, absurda guerra entre los habitantes de los dos grupos, que no se pueden ver «ni en pintura». Y cuando estalla una de las habituales guerras a golpes de piedra hay que participar por el honor de la familia, y Pacífico, aunque siempre contra su voluntad, acude porque sus familiares le intiman: «Has de ir a la cantea si no quieres que se nos caiga la cara de vergüenza» (pág. 89).

La única persona que manifiesta signos de humanidad y con quien Pacífico puede desahogar su corazón y sus sentimientos es tío Paco, una especie de filósofo que sabe darles siempre una lógica contestación a las muchas preguntas de Pacífico. Una de esas preguntas, que parece ser la síntesis de lo que ve a su alrededor, llega como una obsesión: «Tío, ¿es que en la vida hay que ir siempre contra alguien?», y más adelante, «¿es que no se puede vivir sin competir, tío?» «¿No podemos ir todos juntos a alguna parte?» Y el tío no sabe contestarle otra cosa sino que «eso todavía no se ha inventado» (pág. 81).

Por otro lado, el lema del padre de Pacífico es: «Sangra o te sangrarán, Pacífico, no hay otra alternativa» (pág. 120). Como se ve, la educación de Pacífico se desarrolla bajo el nombre de la violencia en todos los sentidos.

La influencia que el ambiente y la familia ejercen sobre el individuo ha sido demostrada por muchos estudios científicos. Hay innúmeros casos de influencia negativa que la familia, en primer lugar, y el ambiente pueden ejercer.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Ada ARAGONA. Los crímenes «inocentes» de Miguel Delibes
Centro Virtual Cervantes

Resulta que hay casos en que también sujetos que normalmente han tenido una conducta irreprochable pueden llegar a tener repentinos impulsos agresivos tales que les pueden llevar al crimen. «En estas manifestaciones criminosas se evidencia muy claramente cómo, a menudo, existe una estricta correlación fenoménica entre ambiente y reacción biopsicológica y del comportamiento. Y esto se refiere sea al hecho de que los estímulos del ambiente, si tienen una fuerte carga frustrante y/o stressante, son idóneos a causar complejos desórdenes biopsicológicos; sea al hecho de que los estímulos del ambiente, aun cuando la carga frustrante y/o stressante no es excesiva, pueden resultar patógenos en el sentido agresivogenético si hallan una situación orgánica predispuesta» [3].

Y por lo que se refiere a Pacífico Pérez, existe incluso esta situación orgánica predispuesta, puesto que su autor le hace decir: «Se conoce que desde chaval andaba de pecho» (pág. 106). Y la tuberculosis es una de las enfermedades clasificadas entre las que pueden llevar al individuo afectado al homicidio. Dentro de los muchos aspectos que puede asumir el comportamiento del tuberculoso está incluido el tipo de comportamiento que se manifiesta en Pacífico Pérez. Pues el enfermo de tuberculosis puede llegar a un estadio de resignación, de cansancio con respecto a lo que considera una lucha inútil, y cansancio de la vida misma, deseo de autoanularse [4].

Exactamente lo que sucede a Pacífico, cuyo carácter, tan hipersensible, se convierte en un estado irreversible de impasibilidad; incapaz ya de emociones, en una actitud totalmente ajena de intereses vitales, acaba encerrándose en un aislamiento mortal. La influencia y educación de la familia le ha destrozado toda sensibilidad, pero tampoco la sociedad contribuye favorablemente a despertar su dignidad humana.

Por lo tanto, el crimen de Pacífico Pérez se produce de repente, sin participación emocional, sin excitación o agitación nerviosa, ni se pueden notar signos de remordimientos después del asesinato, ni tampoco cuando rememora lo sucedido. Mata al hermano de su novia sin provocación, sin sentimiento de odio, sin altercar, sin un motivo que pueda explicar, en cierto sentido, su gesto, que, falto de toda humanidad, se convierte en mera pantomima de títeres. En su impasible actitud lo que experimenta es exclusiva y simplemente una rápida sensación física, es decir, que matar al hombre le pareció que «era fácil» y que el cuerpo «era blando» (pág. 170); nada más que esto.

Pacífico Pérez acaba con ser, inconscientemente, un mero instrumento del ambiente que le rodea, toda expresión vital suya no refleja su manera de ser, sino la que le sugiere la familia y la sociedad con su ejemplo de violencia; pues, entonces, la culpa del homicidio irracional, cometido por Pacífico, recae también sobre la compleja estructura de la sociedad humana, que le ata con sus vínculos, sin dejarle verdadera libertad de pensamiento, anulando su libre albedrío.

Por lo que concierne a *Los santos inocentes*, también se puede imputar a los factores externos, del ambiente, la súbita disposición criminal del personaje, Azarías.

Aunque sea un retrasado mental, con manías de todo género, con actitudes y manera de expresarse de forma reiterativa y monótona, es una persona inocua, que, además, revela cierto afán de trabajar y mostrarse útil. También se nota en él una fuerte carga afectiva hacia los animales, en especial hacia las aves, cuya naturaleza conoce profundamente, y que sabe amaestrar, tratándolas como a hijos pro-

[3] FRANCESCO ARAGONA: *Lineamenti causali dell'antisocialità* (serie Problemi di criminologia), Bologna, 1973, pág. 5.
[4] *Ibíd.*, pág. 156.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Ada ARAGONA. Los crímenes «inocentes» de Miguel Delibes
Centro Virtual Cervantes

pios. Igualmente trata a su sobrinita, la Niña Chica, que es anormal, sin capacidad intelectiva, Azarías la mima con las mismas expresiones cariñosas que utiliza con sus aves.

El mundo que rodea a Azarías es bastante complejo, pues al ambiente rural se mezcla el ciudadano, a la gente campesina se unen los señoritos de la ciudad, puesto que Azarías vive en un cortijo donde los dueños y sus amigos permanecen durante las temporadas de caza.

Ya desde las primeras páginas de la novela se puede advertir que Azarías no muestra excesiva simpatía por los señoritos, antes, se nota claramente cierto desprecio congénito, lejos, por lo tanto, de la actitud servil y sometida que distingue a su cuñado Paco, el Bajo, y demás personal del cortijo. Llega, incluso, a despreciar la limpieza, pues la considera una peculiaridad de los señoritos; a su hermana Régula, que le pregunta: «Azarías, ¿qué tiempo hace que no te lavas?», él contesta rápido: «Eso los señoritos» (pág. 72).

Este desprecio hacia los dueños puede acaso considerarse como una primera señal de predisposición de Azarías a un posible crimen. Sin embargo, esto no sucede hasta que no sobrevienen los elementos provocantes externos que desenlazan sus débiles hilos inhibitorios.

Otra característica de la personalidad de Azarías es su fuerte sentido de la libertad: él vive siempre en el momento presente, según le sugieren sus instintos, dueño de sí mismo y de sus acciones, que obedecen a su sentido de vaguedad. Por lo demás, sus dueños le dejan que viva como le dé la gana, sin preocuparse excesivamente de su presencia.

Su profundo sentimiento paternal se descubre particularmente desde que empieza a criar una grajeta que le ha regalado su sobrino Rogelio. El autor describe esta actitud con profusión de adjetivos que revelan la naturaleza sensible del personaje:

> «Al Azarías, al ver al pájaro indefenso, se le enternecieron los ojos, le tomó delicadamente en sus manos y musitó, milana bonita, milana bonita».

Más adelante, «sin cesar de adularla», le habla «afelpando la voz», y mientras le da de comer «murmuraba, tiernamente, milana bonita, milana bonita» (pág. 79). También cuenta el autor que «el Azarías no se olvidaba del pájaro ni de día ni de noche» (pág. 80); ya la vida de Azarías adquiere un sentido más concreto y profundo con el único objetivo del cariñoso cuidado de la grajeta, que llega a representar el ser más importante, tomando en el sentimiento de Azarías exactamente la misma importancia que puede tener un hijo. Y la grajeta parece advertir este cariño con la confianza que demuestra posándose sobre el hombro de Azarías, acudiendo siempre a su llamada; un cariño recompensado con otro cariño igual, desinteresado y limpio.

A la gran sensibilidad del humilde Azarías, acaso un ejemplo para designar todo el mundo campesino al que el personaje pertenece, Delibes contrapone la más fría insensibilidad del señorito Iván, personaje egoísta y alejado de toda humanidad, que también parece representar a su mundo. El choque de esta contraposición (que revela una valoración claramente partidaria por parte del autor) es, por supuesto, fuerte y violento sin posibilidad de recíproca comprensión. Parece que los dos mundos no pueden llegar a convivir en pleno acuerdo y conjuntamente sin que uno de los dos, el más humilde, sucumba bajo el poder dominante del otro. El atávico contraste entre los dos es irremediable, parece ser la pesimista conclusión del autor; los dos mundos viven de forma aislada, en una total incomunicación y desentendiéndose de toda posible capacidad de cambio; ninguno de los dos hace un esfuerzo de

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Ada ARAGONA. Los crímenes «inocentes» de Miguel Delibes
Centro Virtual Cervantes

buena voluntad para entender al otro, cada cual vive por su cuenta, sin enterarse siquiera de lo que le sucede al otro, excluyendo cualquier probabilidad de colaboración.

En esta novela la separación entre buenos y malos es radical: los buenos representan al campo y los malos a la ciudad.

En el personaje del señorito Iván, Delibes ha puesto toda clase de características negativas, construyendo así un ser insufrible, antipático, sin una brizna de espiritualidad. Su materialismo le lleva a una vida insignificante e inútil, animada sólo por su exagerada afición a la caza, que será la verdadera causa de su horrible muerte. No tiene otro interés particular en la vida que matar pájaros inocentes, pero culpables de pasar delante de su escopeta, llamados por el engañoso reclamo de sus pájaros enjaulados. Cualquier género de pájaros puede satisfacer su incansable deseo de matanza, matar por matar es su único objetivo.

Su absurdo comportamiento se manifiesta del todo falto de humanidad al enfrentarse con el accidente que le ocurre a Paco, el Bajo, su ayudante habitual e imprescindible, puesto que «Paco, el Bajo, al decir del señorito Iván, tenía la mano más fina que un pointer, que venteaba de largo» (pág. 41). La fractura de la pierna de este hombre, que él considera poco más que un perro, su inmovilidad, le sacan literalmente de quicio. Los caprichos del señorito valen más que la salud de su fiel acompañante, su explotación es total; llega, incluso, a animarle con frases de puro egoísmo, oculto bajo un matiz de falso altruismo:

> «Mira, Paco, los médicos pueden decir misa, pero lo que tú tienes que hacer es no dejarte, esforzarte, andar (...); en estos casos, con bastones o sin bastones, hay que moverse, salir al campo, aunque duela; si te dejas ya estás sentenciado, te lo digo yo» (pág. 132);

y más adelante:

> «el hombre es voluntad (...). Donde no hay voluntad no hay hombre. Paco, desengáñate, que has de esforzarte aunque te duela, si no no harás nunca vida de ti, te quedarás inútil para los restos, ¿oyes?» (pág. 135).

Las sensaciones de dolor que Paco procura explicar con su sentido de culpa, «sintiéndose íntimamente culpable» (pág. 125), «tal que si Paco, el Bajo, lo hubiera hecho a posta» (pág. 141), son para el señorito Iván nada más que simples «aprensiones» (pág. 136). Al señorito Iván no le parece posible que algo le impida utilizar un miembro del personal de su cortijo, cómo y cuándo le dé la gana, igual que si fuera un objeto cualquiera, un utensilio. Por lo tanto, llega a cumplir el acto más inhumano, es decir, socorre a Paco, acompañándole donde el médico, no al producirse el accidente, sino muchas horas más tarde, después de acabada ya la partida de caza. Y esto se repite las dos veces que ocurre el accidente, sin que tenga la menor duda de que está actuando bien; ni siquiera se plantea el problema.

La conducta inaudita del señorito Iván es una abierta provocación, aunque él no la considera tal, por la razón que la provocación existe si se dirige a un ser parecido, del mismo nivel social. Los humildes no tienen derecho a quejarse, sólo deben callar y obedecer; por lo tanto, tampoco Paco la considera una provocación.

Esta manera de actuar del señorito Iván deja suponer que él no puede ser diferente, en crueldad, para con los pájaros. Éstos son nada más que juguetes, y matarlos es el juego más divertido y excitante. Como no es capaz de concebir un sentimiento verdaderamente afectivo hacia un ser humano, le resulta inconcebible el afecto tan entrañable que Azarías siente por su grajeta.

La atmósfera que prepara la actuación del crimen empieza sólo pocas horas an-

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Ada ARAGONA. Los crímenes «inocentes» de Miguel Delibes
Centro Virtual Cervantes

tes de que éste suceda: la mañana misma en que el señorito Iván se conforma con ir a cazar con el Azarías, quien, por su parte, hace todo lo que le ordena el señorito. Sin embargo, la caza comienza mal, parece que los pájaros no quieren dejarse matar, pues procuran volar lejos ignorando el reclamo. Esto pone muy nervioso al señorito Iván, que no pierde la oportunidad para manifestar su carácter inconsciente y obtuso:

> «El señorito Iván, aburrido de tanto aguardo inútil, empezó a disparar a diestro y siniestro a los estorninos, y a los zorzales, y a los rabilarlos, y a las urracas, que más parecía loco, y entre tiro y tiro voceaba como un enajenado. ¡Si las zorras estas dicen que no, es que no!» (págs. 168-169).

Su manera de desahogar su estado de ánimo revela perfectamente una forma mental no sólo absurda, sino más bien incivil, desconsiderada, verdaderamente criminosa. El verdadero criminal en toda la novela parece ser precisamente él, el señorito Iván.

El instinto criminal del señorito Iván se manifiesta en toda su brutalidad en el fatal encuentro con un bando de grajetas que vuelan sobre su cabeza. El caso es que, entre ellas, vuela también la grajeta de Azarías, quien, al reconocerla, en seguida la llama, sin pensar en el daño que le está procurando con su cariñosa invitación a acercarse, pues no sospecha que el señorito pueda llegar a tanta insensibilidad como, en efecto, va a demostrar. Azarías, en cuanto se da cuenta de las intenciones del señorito de matar a la grajeta que se está acercando, procura impedir que esto suceda, creyendo, muy ingenuamente, que con sus aterrados quejidos pueda despertar en el señorito algún sentimiento de compasión. La sonrisa cariñosa de Azarías se deforma pronto en expresión de pánico y empieza a gritar:

> «Voceó fuera de sí: ¡no tire, señorito, es la milana!»,

y como el señorito ni le contesta, con voz «implorante» repite:

> «¡Señorito, por sus muertos, no tire!» (pág. 170).

Pero ni un asomo de piedad le impide al señorito satisfacer su instinto criminal. La desesperación de Azarías, al recoger a su pájaro muerto, es tan intensa que toma ya un matiz apagado, entrañable; los gritos de alarma se han vuelto en un llanto de profundo sufrimiento, «sollozaba mansamente» (pág. 171), «al Azarías le resbalaban los lagrimones» (pág. 173), repitiendo monótonamente «milana bonita, milana bonita», mientras tanto, el señorito reía, y procura animarle diciéndole:

> «¡No te preocupes, Azarías, yo te regalaré otra!» (pág. 171).

Por fin expresa también unas cuantas palabras de disculpa, de justificación, y parece que en el señorito se haya despertado un poco de sensibilidad; sin embargo, lo hace riéndose, lo que le da un tono más bien de burla, de grosero escarnio.

En la menta frágil de Azarías empieza a formarse un juicio de venganza personal que con lúcida y fría determinación va a actuar, sin que su comportamiento deje sospechar algo a la víctima, pues, cuando a la tarde vuelven a la caza el señorito Iván y Azarías, éste:

> «parecía otro, más entero, que ni moquiteaba ni nada (...), tranquilo, como si nada hubiera ocurrido» (pág. 173).

El acto de crueldad gratuita del señorito se agiganta en la mente de Azarías, quien ha perdido, por culpa de su acto, al ser más querido, comparable, por el pro-

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Ada ARAGONA. Los crímenes «inocentes» de Miguel Delibes
Centro Virtual Cervantes

fundo cariño, a un ser humano. En el sentimiento de Azarías la grajeta ha alcanzado una importancia vital, ella representa todo su mundo.

La naturaleza tranquila e inocua de Azarías cambia, pues, repentinamente, y esto se puede averiguar también prácticamente, puesto que el caso está concentrado en las últimas tres páginas que clausuran la novela. El absurdo comportamiento del señorito Iván produce el exasperado crimen que Azarías va a actuar con sencillez, con gestos rápidos y estudiados hasta los mínimos detalles. Su retraso mental no le impide organizar y coordinar todos sus movimientos a fin de llegar con la máxima facilidad a lo que se ha propuesto. Su impasible actitud no deja que el señorito Iván se entere, hasta el final, de que está acabando su existencia, con la muerte horrible que le ha sentenciado un ser inocente.

Con un gesto repentino y preciso, sin vacilaciones:

> «El Azarías le echó al cuello la soga con el nudo corredizo, a manera de corbata, y tiró del otro extremo, ajustándola» (pág. 175).

Y el señorito Iván, sin darse cuenta, aún está pensando en cazar la «nube de zuritas» que llaman su atención en el mismo instante. Sólo después, cuando pierde el contacto con el suelo, llega a sospechar: «¡Dios!... estás loco... tú» *(Ibíd.),* imputando sólo a un rapto de locura el gesto que, en cambio, en la mente enfermiza de Azarías llega a ser un acto de justicia y liberación.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Ada ARAGONA. Los crímenes «inocentes» de Miguel Delibes
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes